



Publica o perece

Ciencia al Escape y Cultura de Catacumbas: El Ejercicio Intelectual en Tiempos de Crisis Social

Ciencia al Escape

Hace veintiocho años estaba comenzando a trabajar en el Centro de Investigación de Paludismo (CIP) en Tapachula, Chiapas. El CIP¹, originalmente llamado Proyecto AMRO-0901, consistía en un programa internacional de investigación enfocado primordialmente al paludismo, pero también realizaba algunos estudios entomológicos sobre vectores de enfermedades tropicales como el *Aedes aegypty*, transmisor del dengue hemorrágico, y el *Simulium ochraceum*, transmisor de la ceguera de río, males endémicos del istmo centroamericano y sureste de México. Pues bien, ese programa de investigación que en la actualidad es un importante centro de investigación, llegó a nuestro país de manera un tanto circunstancial y obligada por la guerra.

El proyecto AMRO-0901 (American Regional Office 0901), creado por la Organización Panamericana de la Salud/Organización Mundial de la Salud (OPS/OMS) para estudiar medidas de control y erradicar el paludismo de Centroamérica, fue originalmente instalado en El Salvador allá por los años sesenta. Cuando en la década de los setenta la guerra civil se recrudeció en ese país, el AMRO-

0901 fue trasladado a Nicaragua. Al poco tiempo, la revuelta también estalló en ese país y la tarea de investigación volvió a ser imposible para los científicos del programa.

Para no perder todo lo que el AMRO-0901 había hecho por tantos años, ni desbaratar la infraestructura científica —humana, material y conceptual— consolidada, se determinó mudarlo a un sitio que ofreciera mayor seguridad. De inmediato los países de Honduras y Guatemala se ofrecieron como sede pero, debido a sus propias situaciones de inestabilidad social, se rechazaron sus peticiones.

La propuesta de la OPS/OMS fue la de que el programa pasara a México, pero hubo protestas por parte de las autoridades de salud de los países centroamericanos, ya que consideraban que el programa les pertenecía por derecho; además, estaban seguros de que sería concentrado en la ciudad de México y, en aquel lugar tan distante, de nada les serviría. Pero como los funcionarios de la OPS/OMS, que nunca tuvieron en mente al Distrito Federal, ya habían visitado la zona sur del país para buscar y seleccionar el mejor sitio para reinstalarlo; luego, negociaron con todos los países implicados y recomendaron como sede a la ciudad de Tapachula, en el estado de Chiapas.

¹ Ver: *Apuntes históricos sobre el Centro de Investigación de Paludismo*. CULCyT. V 4, Num. 19. 2007, p 17-20

No podían encontrar nada mejor, Tapachula era lo más cercano y afín a Centroamérica (sin duda, parte de la misma región); era un área afectada por las mismas enfermedades tropicales, y contaba con tantas facilidades como las que podía ofrecer cualquier capital de los países de la zona. De tal manera, entre lo que terminó la década de los setenta y comenzó la de los ochenta, se hicieron todos los arreglos y el programa reorientó y reinició sus actividades en México. Sólo se dio un cambio importante, hubo repartición de compromisos entre las autoridades de salud de México y la OPS/OMS, y al programa conjunto se le puso un nuevo nombre: *Centro de Investigación de Paludismo* (que por cierto, el nombre de “paludismo” sólo es familiar en México, por lo pálido, escuálido y macilento de los enfermos; en los demás países del mundo se le denomina “malaria”).

Aún recuerdo que parte de los muebles de oficina, porque se trajeron no sólo el material de investigación sino también el de los despachos, tenía señas de violencia. Por ejemplo, algunos escritorios mostraban agujeros de bala y estaban marcados, los archiveros habían sido violados y saqueados —si es que algo encontraron quienes lo hicieron—, los sillones tenían huellas de cuchillos. Pero eso no lo ocasionaron los Sandinistas, pues uno de los consultores nos contaba que fueron los propios Somocistas quienes provocaron el daño. De hecho, comentó la misma persona, los Somocistas también ocuparon por un tiempo la sede del programa AMRO-0901 en Managua.

En esos años turbulentos no solamente se colapsó la actividad científica en muchos países latinoamericanos, sino también la cultural. El programa AMRO-0901, por ser de carácter internacional,

pudo emigrar de uno a otro y otro país, hasta encontrar la paz necesaria para continuar con su misión.

Pero no todos los programas de estudios, ni los científicos ni los intelectuales, pudieron hacer lo mismo en esa época; es decir, emigrar a mejores lugares. Incontables fueron los proyectos de investigación y los programas de estudios universitarios que desaparecieron.

Cultura de Catacumbas

En el entorno hostil de las dictaduras y sus guerras sucias en las décadas setentas y ochentas, se propició, entre muchas de las personas que se quedaron en sus países porque no tuvieron posibilidades de abandonarlo, una especie de resistencia cultural en la clandestinidad; le llamaron: *cultura de las catacumbas*.

“La construcción de lo que Eva Giberti llamara una cultura de catacumbas, escribe Mabel Belucci en su *Desafíos y perspectivas. Qué feminismo hoy* (CUYO Anuario de Filosofía Argentina y Americana, N° 14, 1997), desde la obligada reclusión en los espacios de reflexión, paradójicamente posibles en la noche del terror hacia el surgimiento de los nuevos espacios académicos, desde la transformación de las mujeres de sectores populares en protagonistas de la resistencia a la dictadura, hacia la conformación de nuestro propio y fundacional Antagonismo. A partir de sus identidades tradicionales de madres, hermanas, compañeras, las mujeres resistían la desaparición física de los seres amados. Más que nunca, y a pesar de la brutalidad de la dictadura, lo personal era político”.

La cultura de las catacumbas era una resistencia a la opresión de las tiranías, cuya

principal característica fue la de organizar “reuniones cerradas de estudio en casas particulares... volcadas a profundizar líneas de pensamiento político, social, artístico y filosófico”, explica Mabel Bellucci. Era “una modalidad autogestiva de soporte intelectual difundida entre los circuitos de la clase media urbana”.

En su ensayo *Una cultura de catacumbas*, Santiago Kovadloff define este proceder como: “el trabajo creador que no tiene marco institucional: florece (y muchas veces se marchita) fuera de las universidades, lejos de los poderosos medios de comunicación masiva; desconoce los atributos del debate abierto y toda clase de apoyo académico o aliento oficial”. “...se nutre del contacto en pequeños grupos, de la polémica a media voz, de la pasión por la verdad y la discusión entre cuatro paredes”.

En la dictadura paraguaya de Stroessner, a las reuniones políticas o artísticas se las disfrazaba de convivios insustanciales, pero aún así tenían que ser en voz baja. Tanta era la opresión en ese país que hasta las fiestas —bodas, quinceañeras o bautizos—, eran sin ningún escándalo. La autoridad no permitía poner la música alta ni cantar a viva voz, debían

hacerlo en una especie de *murmullo susurrante*, de manera tal que no se escuchara en la calle.

Pero la cultura de las catacumbas no solamente ocurrió durante las dictaduras de los países centro y sudamericanos, actualmente está viva en China y en Cuba, donde hay un rígido control a la libertad de expresión del pueblo. A ese tipo de cultura, Juan Sánchez, de la revista cubana *Bohemia*, se refiere como un “surgimiento muy manipulable por los enemigos de la Revolución...”, “...cultura marginal, aparte, falsa cultura de catacumba, fenómeno —por demás— totalmente contrario a la tradición democrática y antidogmática de nuestra política...” (SIC).

Cualquiera que sea la dictadura, de derecha o de izquierda, o la crisis social en que se vea envuelta una nación, ante la falta de libertad para la expresión científica, artística y política, la resistencia cultural desde las catacumbas tiende a emerger como un reducto crítico, intelectual, como un perenne recordatorio de la falta de garantías individuales hasta que se haga efectiva la reinstauración de la vida libre y normal.

